

Limítese a permanecer sentado y descanse. Trate de divertirse con esto: es el último cuento que va usted a leer en su vida; o casi el último. Una vez leído, puede quedarse ahí un rato, o encontrar excusas para remolonear por su casa, su cuarto, su oficina o el sitio donde se encuentre al leer; pero, tarde o temprano, tendrá que levantarse y salir. Ahí es donde le estaré esperando: afuera. O tal vez más cerca. Puede que, incluso, en esta misma habitación.

Desde luego, usted cree que esto es una broma... Supone que se trata sólo de un cuento de un libro y que yo, en realidad, no me refiero a usted. Pero juegue limpio: admita que le estoy advirtiendo lealmente.

Harley apostó conmigo que yo no podría hacerlo. Lo que se juega es un diamante del que me ha hablado; un diamante del tamaño de su cabeza. Por eso tengo que matarle a usted. Y también por eso tengo que contarle primero el porqué, el cómo, y todo lo demás. Eso forma parte de la apuesta. La clase de idea que a Harley se le ocurriría.

Primero le hablaré a usted de Harley. Es alto, atractivo, cortés y mundano. Se parece un poco a Ronald Colman, sólo que más alto. Viste como un millonario, pero no importaría que no lo hiciese; quiero decir que estaría elegante aun con un mono de trabajo. En Harley y en la forma en que le mira a uno hay algo mágico; una burlona magia que hace pensar en palacios, países lejanos y música divina.

En Springfield, Ohio, conoció a Justin Dean. Justin, un tipo bajete e insignificante, no era más que impresor. Trabajaba para la Compañía Impresora y Grabadora Atlas. Era un hombre muy vulgar, totalmente distinto a Harley; no podían encontrarse dos hombres más diferentes. Justin sólo tenía treinta y cinco años, pero estaba ya casi calvo y debía usar gruesos lentes porque había arruinado su vista con los delicados trabajos de grabador.

Nunca pregunté a Harley qué motivos le llevaron a Springfield, pero el día en que llegó, después de registrarse en el hotel Castle, se dirigió a la Compañía Atlas para encargarse unas tarjetas de visita. En aquel momento, Justin Dean se hallaba solo en la tienda, y tomó el encargo de Harley. Éste quería tarjetas grabadas. Las mejores. Harley siempre quiere lo mejor de todo.

Lo más probable es que Harley ni siquiera se fijase en Justin. No había razón para que lo hiciera. Pero Justin sí se fijó muy bien en su cliente, y en él vio todo lo que hubiera deseado ser y nunca sería, porque, para lograr la mayor parte de lo que Harley tiene, es necesario nacer con ello.

Justin en persona hizo las planchas para las tarjetas, y realizó un magnífico trabajo; algo que consideró digno de un hombre como Harley Prentice. Ése era el nombre grabado en las tarjetas. En ellas, como ocurre con las de la gente verdaderamente importante, no había nada más.

Su trabajo fue elegantísimo, hecho con letra cursiva inglesa, y en él empleó toda su pericia. Mereció la pena porque al día siguiente, cuando fue a recoger el encargo, Harley tomó una de las tarjetas y la observó unos momentos. Luego miró a Justin, advirtiéndolo por primera vez su presencia. Preguntó:

—¿Quién ha hecho esto?

Y el pequeño Justin le reveló orgullosamente quién había sido. Harley sonrió y le dijo que era el trabajo de un verdadero artista. Luego invitó a Justin a cenar con él aquella noche, en la Sala Azul del hotel Castle.

La cena fue excelente y Harley, realmente, estuvo muy precavido. Esperó a tratar un poco a Justin antes de preguntarle si podía o no hacer planchas para imprimir billetes de cinco o diez dólares. Harley tenía los contactos; podía vender billetes en cantidad a hombres especializados en pasarlos y —lo más importante— sabía dónde conseguir el papel con hebras de seda; un papel no totalmente exacto al auténtico, pero que se parecía a él lo suficiente para superar cualquier examen que no fuera el de un experto.

Así que Justin abandonó su empleo en la Atlas y se fue con Harley a Nueva York. Allí, como fachada del verdadero negocio, abrieron una pequeña imprenta. Estaba en la avenida Amsterdam, al sur de la plaza Sherman. Inmediatamente se pusieron a trabajar en los billetes. Justin se afanó mucho, más que nunca en su vida, ya que, aparte de dedicarse a las planchas para hacer papel moneda, tenía que aceptar los encargos que le llevaban a la tienda. De ese modo ayudaba a cubrir los gastos.

Laboró día y noche durante casi un año, haciendo plancha tras plancha, y cada una era algo más perfecta que la anterior. Al fin consiguió unas que, en opinión de Harley, eran lo bastante buenas. Aquella noche, para celebrarlo, cenaron en el Waldorf Astoria. Después de cenar hicieron la ronda de los mejores clubs nocturnos. Eso le costó a Harley una pequeña fortuna, pero no importaba, porque iban a hacerse ricos.

Bebieron champaña. Fue la primera vez que Justin probó esa bebida. Se emborrachó y debió de portarse como un tonto. Harley le habló de ello luego, aunque no estaba enfadada con él. Le llevó a su cuarto del hotel y le metió en la cama. Durante un par de días, Justin se sintió bastante enfermo; pero eso tampoco importaba, porque iban a ser ricos.

Entonces Justin comenzó a imprimir billetes con las planchas, y se hicieron ricos.

Justin ya no tuvo que matarse tanto, porque rechazaba la mayor parte de los encargos que le hacían, diciendo que estaba agobiado de trabajo y ya no podía aceptar más. Sólo tomaba unos pocos, para cubrir las apariencias. En la parte de atrás de la tienda se dedicaba a imprimir billetes de cinco y de diez y él y Harley amasaron una fortuna.

Justin conoció a otras personas, amistades de Harley. Conoció a Bull («Toro») Mallon, que dirigía la parte de distribución. Bull Mallon era fuerte como un toro, por eso le llamaban así. Tenía un rostro que nunca sonreía ni cambiaba de expresión, excepto cuando ponía cerillas bajo las plantas de los pies de Justin. Pero eso no ocurrió entonces, sino más tarde, cuando quiso que Justin le dijera dónde estaban las planchas.

Y también conoció al capitán John Willys, del Departamento de Policía, que era amigo de Harley, del cual recibía una buena parte del dinero que estaba ganando; pero eso tampoco importaba, porque aún quedaba mucho y todos se hicieron ricos. Trató a un amigo de Harley que era una gran estrella del escenario y a otro que poseía un importante periódico de Nueva York. Se relacionó con otras personas igualmente importantes, aunque de apariencia menos respetable.

Harley —según se enteró Justin— tenía intereses en muchos otros negocios, aparte de la pequeña imprenta de la avenida Amsterdam. Algunos de esos negocios le obligaban a abandonar la ciudad, por lo general, durante los fines de semana. Y Justin nunca se enteró de lo ocurrido el fin de semana en que mataron a Harley. Sólo supo que Harley se fue y no regresó. Oh, supo que le habían matado, desde luego, ya que la policía encontró el cuerpo —con tres balazos en el pecho— en la suite más cara del mejor hotel de Albany. Harley Prentice eligió siempre lo mejor, incluso para morir.

Todo lo que Justin supo de ello fue lo que Harley le dijo en una conferencia que puso con el hotel en el que Justin se hospedaba. Fue la misma noche en que Harley fue asesinado... En realidad, debieron de pasar muy pocos minutos desde la llamada hasta que los periódicos anunciaron su muerte.

Al teléfono, la voz de Harley sonaba tan cortés y tranquila como de costumbre. Pero dijo:

—¿Justin? Vaya a la tienda y deshágase de las planchas, el papel y de todo. Inmediatamente. Ya le explicaré más cuando le vea.

Esperó sólo a que Justin diera su conformidad. Luego dijo: «Hasta la vista», y colgó.

Justin corrió a la imprenta, cogió las planchas, el papel y unos cuantos miles de dólares en billetes falsos que había por allí. Hizo un paquete con el dinero y el papel y metió las planchas de cobre en otro, este último, más pequeño. Cuando salió, en la tienda no quedaba ninguna prueba de que en ella se hubiese impreso moneda falsa.

Fue muy cuidadoso y listo en lo de deshacerse de los paquetes. Para librarse del primero, se inscribió en un gran hotel ninguno en el que él o Harley hubieran estado alguna vez bajo nombre falso. Lo hizo sólo para tener opción a poner el paquete grande en el incinerador. Como todo era papel, allí se quemaría. Y, antes de tirarlo, se aseguró de que el horno estaba encendido.

Las planchas eran otra cosa. No podían quemarse, así que hizo una excursión a Staten Island y en el ferry, al volver, cuando se encontraban en medio de la bahía, tiró el paquete por la borda y las planchas se hundieron en el mar.

Luego, una vez hecho lo que Harley le pidió, y habiéndolo realizado bien y a conciencia, volvió al hotel, a su propio hotel, no al que había utilizado para deshacerse del papel y los billetes y se fue a la cama.

A la mañana siguiente leyó en los periódicos que Harley había sido asesinado. Aquello le asombró. Parecía imposible. No podía creerlo; era una broma que alguien le gastaba. Harley volvería junto a él, estaba seguro. Y tenía razón, pero de eso se enteró más tarde, en el pantano.

Sin embargo, pese a todo, Justin tenía que asegurarse, así que tomó el siguiente tren para Albany. Debía de encontrarse en el tren cuando la policía fue a buscarle a su hotel. Por lo visto, allí les dijeron que Justin había preguntado en conserjería sobre los trenes de Albany, porque, cuando llegó a la ciudad, la policía le esperaba en la estación.

Le llevaron a una comisaría, donde le tuvieron mucho, mucho tiempo sin dejar de interrogarle. Pronto se convencieron de que no podía haber matado a Harley, ya que, cuando éste fue asesinado en Albany, él se encontraba en Nueva York; pero también se enteraron de que los dos hombres habían estado explotando la pequeña fábrica de dinero, y llegaron a la conclusión de que eso podía ser una pista para averiguar quién cometió el crimen. Además se hallaban muy interesados en lo de los billetes falsos; quizá más aún que en el mismo crimen. Mantuvieron a Justin despierto durante horas y más horas, sin parar de hacerle preguntas. Preguntas que él no podía responder y que, por tanto, no respondió. Sobre todo, querían saber dónde estaban las planchas. Justin deseaba decirles que se encontraban seguras, en un sitio donde nadie podría volver a cogerlas. Pero no podía decir aquello sin admitir que él y Harley eran monederos falsos, así que guardó silencio.

Localizaron la tienda de la avenida Amsterdam, pero allí no encontraron pruebas. En realidad no tenían ninguna excusa legal para mantener preso a Justin, pero eso él no lo sabía, y nunca se le ocurrió utilizar los servicios de un abogado.

Deseaba ver a Harley, pero no se lo permitían. Luego, cuando se convencieron de que

él, en realidad, no creía que su amigo estuviera muerto, le enseñaron un cadáver que aseguraron era el de Harley. Justin supuso que lo era, a pesar de que Harley, muerto, tenía un aspecto distinto. Muerto, no parecía tan magnífico. Justin creyó entonces, lo que le aseguraban, aunque no del todo. Y después, se limitó a no decir una palabra, ni siquiera cuando le obligaron a permanecer despierto días y días, con una potente luz frente a los ojos y dándole bofetadas cada vez que se dormía. No emplearon palos ni porras, pero le abofetearon un millón de veces y no le dejaron dormir. Al fin perdió la noción de las cosas y no hubiera podido responder a ninguna pregunta, aunque hubiese querido hacerlo.

Después pasó una temporada en cama, en una habitación pintada de blanco. Todo lo que recuerda de eso son las pesadillas que tuvo, y que llamaba a Harley, y una horrible confusión sobre si Harley estaba muerto o no. Poco a poco fue recuperando la noción de las cosas y comprendió que no deseaba quedarse en la habitación blanca; quería salir de allí para buscar a Harley. Y si Harley estaba muerto, deseaba matar a quien hubiese matado a Harley, porque Harley hubiera hecho lo mismo por él.

De modo que comenzó a actuar de una forma muy inteligente, tal como los doctores y enfermeras parecían desear que actuase. Al cabo de poco, le devolvieron sus ropas y le dejaron ir.

Se estaba volviendo cada vez más listo. Pensó: «¿Qué me diría Harley que hiciese?». Comprendió que la policía iba a tratar de seguirle, ya que pensaban que él les podía conducir a las planchas, porque ignoraban que éstas se encontraban en el fondo de la bahía, así que les dio esquinazo antes de dejar Albany. Se dirigió primero a Boston y, desde allí, por barco, a Nueva York.

Una vez en la ciudad fue a la imprenta. Entró por la parte de atrás, después de mirar detenidamente el callejón para asegurarse de que no le vigilaban. La tienda era un revoltijo. Debían de haberla registrado a fondo.

Harley no estaba en ella, como es lógico. Justin salió a la calle y, desde la cabina telefónica de una farmacia, llamó a su hotel y preguntó por Harley. Le dijeron que Harley ya no vivía allí. Luego, para portarse de modo inteligente y que no adivinasen quién era él, preguntó por Justin Dean, y le contestaron que Justin Dean tampoco vivía allí ya.

Se fue a otra farmacia y desde ella decidió telefonear a algunos íntimos de Harley. Primero llamó a Bull Mallon y, como Bull era un amigo, le dijo quién era y le preguntó si sabía dónde se encontraba Harley.

Bull Mallon parecía un poquitín excitado. Sin contestarle preguntó a su vez:

—¿Consiguieron los polizontes las planchas, Dean?

Justin le dijo que no, que él no se lo había dicho, y volvió a preguntar por Harley.

—¿Se ha vuelto usted loco, o bromea? —dijo Bull.

Justin insistió en su pregunta y Bull cambió de voz y dijo:

—¿Dónde está usted?

Justin se lo contó.

—Harley está cerca —le dijo Bull—. Le tenemos escondido; pero no importa que usted lo sepa, Dean. Espere ahí, en la farmacia, y pasaremos a recogerle.

En un coche, Bull Mallon y dos hombres fueron a buscar a Justin, y le dijeron que Harley se hallaba refugiado en un lugar de Nueva Jersey y que en aquel momento se dirigían allí. Así que él les acompañó. Fue en el asiento de atrás del coche, entre dos hombres que no conocía, mientras Bull guiaba.

Cuando le recogieron eran las cinco, y Bull condujo durante el resto de la tarde y casi toda la noche. El auto iba muy aprisa, de modo que debieron de llegar mucho más lejos de Nueva Jersey. Al menos se metieron en Virginia o puede que incluso se acercaran a las Carolinas.

Cuando llegaron a una pequeña cabaña rustica que debía de emplearse como pabellón de caza, el día comenzaba a clarear. El sitio se encontraba a muchos kilómetros de cualquier parte, y ni siquiera había un camino que llevase a él, sólo un sendero que el coche recorrió con gran esfuerzo.

Metieron a Justin en la cabaña y le ataron a una silla. Le dijeron que Harley no estaba allí, pero que les había dicho que Justin les revelaría el escondite de las planchas y que no podría salir de allí si no lo hacía.

Justin no les creyó; se dio cuenta de que le habían engañado en lo de Harley, pero, por lo que respectaba a las planchas, la cosa carecía de importancia. Daba igual que les explicase lo que había hecho con ellas, ya que no podrían volverlas a obtener y, además, no le dirían nada a la policía. Así que se lo contó de buen grado.

Pero no le creyeron. Replicaron que había escondido las planchas y que les mentía. Le torturaron para hacerle confesar. Le pegaron, le hicieron cortes con cuchillos, le quemaron las plantas de los pies con cerillas y cigarros encendidos, y le metieron agujas bajo las uñas. Luego descansaban y volvían a hacerle preguntas. Si él podía hablar, les contestaba la verdad y, momentos después, los otros comenzaban a torturarlo de nuevo.

La cosa siguió durante semanas... Justin no sabe cuánto duró aquello, pero fue mucho. Una vez pasaron fuera varios días y le dejaron atado, sin comida ni bebida. Al regresar, reanudaron el suplicio del hombre. Durante todo ese tiempo, Justin no dejó de esperar que Harley se presentase a ayudarlo; pero no llegó. Al menos, no entonces.

Al cabo de algún tiempo, lo de la cabaña terminó, o él no volvió a tener noticia de ello. Debieron de pensar que estaba muerto. Tal vez tuvieran razón, o no estuviesen lejos de tenerla.

La siguiente cosa que recuerda es el pantano. Justin yacía sobre una charca, al borde de aguas más profundas. Su cara estaba fuera del agua; se despertó cuando, al mover la cabeza, ésta quedó sumergida. Debieron de pensar que estaba muerto y le arrojaron al pantano, pero él fue a caer en la charca y, en un último resto de consciencia, se había vuelto de espaldas, con la cabeza fuera del agua.

No sé muy bien lo que le ocurrió a Justin en el pantano; pasó allí largo tiempo, sólo recuerdo vagas imágenes. Al principio, no podía moverme; sólo me era posible permanecer caído sobre la charca, con la cabeza fuera. Sé que oscureció e hizo frío y, por fin, pude mover un poco los brazos y logré ir saliendo del agua, para quedar con todo el cuerpo sobre el fango y sólo los pies en la charca. Volví a dormirme o a quedar inconsciente. Cuando desperté, comenzaba a amanecer. Entonces fue cuando llegó Harley. Supongo que estuve llamándole y que él me oyó.

Allí estaba, tan inmaculada y perfectamente vestido como de costumbre, en medio del pantano. Se reía de mí, al verme tan débil y caído como un madero entre el barro y el agua. Entonces me levanté y no volvió a dolerme nada más.

Cambiamos un apretón de manos y él dijo:

—Vamos, Justin. Salgamos de este lugar.

Yo me sentía tan contento de que hubiese venido, que lloré un poco. Harley volvió a reírse de mí y dijo que debía apoyarme en él, que me ayudaría a caminar; pero no quise hacerlo porque yo estaba cubierto de barro y de porquería del pantano y él vestía un elegantísimo traje blanco. Parecía un anuncio de una revista. Durante todos los días y noches que invertimos en salir del pantano, Harley ni se manchó de barro el dobladillo de los pantalones, ni se despeinó.

Le rogué que abriera él la marcha, y Harley lo hizo. Caminaba unos pasos por delante de mí, volviéndose de vez en cuando para reírse, hablar o animarme. En ciertos momentos me caía; pero no dejaba que él me ayudase. Harley esperaba pacientemente hasta que me ponía en pie. A veces no podía levantarme y gateaba en vez de andar. Con frecuencia me veía obligado a cruzar a nado arroyos que él saltaba limpiamente.

Fue de día y de noche y de día y de noche. Dormí de cuando en cuando. En ocasiones me corrían cosas por encima. Algunas de ellas las atrapé y me las comí, o puede que sólo soñara que lo hacía. También recuerdo otras cosas que había en aquel pantano, como un órgano que tocaba durante mucho tiempo, y ángeles que cruzaban por el aire, y demonios que habitaban en las aguas; pero supongo que eso no eran más que delirios.

Harley me decía:

—Un esfuerzo más, Justin; lo conseguiremos. Y vamos a vengarnos de todos. De todos.

Y lo conseguimos. Llegamos a tierras secas y cultivadas en las que el maíz crecía alto, aunque sin mazorcas que yo pudiera comer. Y también había un arroyo de aguas limpias y no como las cenagosas del pantano. Harley me dijo que me lavara e hiciera lo mismo con mis ropas. Lo hice, aunque deseaba ir a toda prisa adonde pudiera conseguir comida.

Seguía teniendo muy mal aspecto; mis ropas ya no tenían barro y porquería; pero no eran más que andrajos y estaban empapadas, por lo que no pude esperar a que se secaran. Además me había crecido la barba e iba descalzo.

Seguimos la marcha y llegamos a la casita de una granja; una simple cabaña de dos habitaciones. Olía a pan recién salido del horno. Corrí los últimos metros que me alejaban de la puerta y llamé a ella. Me abrió una mujer, una mujer muy fea, y cuando me vio, cerró de golpe sin dejarme decir ni una palabra.

La fuerza volvió a mí de alguna parte, tal vez de Harley, aunque no recuerdo que él estuviera allí en aquellos momentos. Junto a la puerta había un montón de leños. Tomé uno de ellos como si fuera igual de ligero que un palo de escoba, derribé la puerta y maté a la mujer. Ella gritó mucho, pero la maté. Luego me comí el pan recién hecho.

Mientras comía, miré por la ventana y vi correr a un hombre hacia la casa. Encontré un cuchillo y, cuando entró, maté al hombre. Matar con el cuchillo era mucho más fácil.

Comí más pan y seguí mirando por todas las ventanas; pero no vino nadie más. Entonces comenzó a dolerme el estómago por haber comido tanto pan caliente y caí al suelo, doblado sobre mí mismo. Cuando cesó el dolor, me dormí.

Harley me despertó. Era ya de noche. Me dijo:

—En marcha; debes alejarte de aquí antes de que se haga de día.



Comprendí que tenía razón; pero no escape a toda prisa. Como puede usted ver, me estaba volviendo muy listo. Antes había otras cosas que hacer. Hallé cerillas y un quinqué, y encendí este último. Luego registre toda la cabaña en busca de cuanto pudiera serme útil. Encontré ropas de hombre, y no me estaban del todo mal, aunque tuve que remangarme los pantalones y la camisa. Los zapatos eran grandes, pero eso, como mis pies estaban tan maltrechos, resultaba mejor.

Di con una navaja y me afeité; tardé mucho rato, porque me temblaba la mano, pero fui muy cuidadoso y apenas me hice cortes.

Descubrir el dinero me costó mucho más; pero al fin lo localicé. Eran sesenta dólares.

También cogí el cuchillo, tras afilarlo. No es un arma selecta, sino un simple trinchante con empuñadura de hueso; pero es de buen acero. Muy pronto se lo enseñaré a usted. Resulta muy útil.

Luego salimos de la casa y fue Harley quien me dijo que me mantuviera apartado de las carreteras y que buscara las vías del ferrocarril. Resultó fácil, porque durante la noche habíamos oído el lejano silbato de un tren y sabíamos en qué dirección se encontraban los carriles. A partir de entonces, y con la ayuda de Harley, todo ha sido fácil.

Desde este momento, ya no necesitará usted que entre en detalles. Me refiero a lo del guardafrenos y a lo del vagabundo que encontramos dormido en aquel vagón de mercancías, y al asunto que tuve con la policía de Richmond. Eso me enseñó mucho; me enseñó que no debía hablar a Harley cuando alguien pudiera oírme. Harley se esconde de ellos; conoce un truco mediante el cual la gente no sabe que está él delante y, si le hablo, todos creen que estoy mal de la cabeza. Pero en Richmond compré mejores ropas y me corté el pelo. Un hombre a quien maté en un callejón tenía cuarenta dólares, así que tuve dinero otra vez. Desde entonces he viajado mucho. Incluso por fuera del país. Y, si se para usted a pensar, comprenderá dónde me encuentro en este instante.

Busco a Bull Mallon y a los dos hombres que le ayudaron. Se llaman Harry y Carl. Cuando los tenga a mi alcance, los mataré. Harley me advierte que esos tipos son peces gordos y que aún no estoy listo para acabar con ellos. Pero, mientras tanto, no dejo de moverme. A veces me quedo en un mismo sitio el tiempo suficiente para desempeñar por una temporada mi trabajo de impresor. He aprendido un montón de cosas. Puedo tener un empleo sin que la gente piense que soy un extraño; al mirarlos no les asusto, como pasaba hace unos meses. He aprendido también a no hablar con Harley más que cuando estamos en nuestro cuarto, y, aun entonces, lo hago bajito, para que la gente de la habitación contigua no piense que hablo solo.

He seguido practicando con el cuchillo. Con él he matado a muchas personas, sobre

todo por la noche, en la calle. A veces lo he hecho porque parecían llevar dinero encima; pero, la mayoría, sólo por practicar y porque la cosa ha llegado a gustarme. Actualmente soy un verdadero experto con un cuchillo. Usted ni siquiera lo notará entrar en su cuerpo.

Pero Harley me dice que esa forma de matar es muy fácil, y que asesinar a una persona que esté en guardia, como lo estarán Bull, Harry y Carl, es otra cosa.

Así es como nuestra charla condujo a la apuesta que antes he mencionado. Le dije a Harley que, en estos momentos, yo era capaz de advertir a una persona de que pensaba usar el cuchillo en ella, e incluso decirle porqué y aproximadamente cuándo, y que, aun así, podría matarla. Y él apostó a que no me sería posible. Y va a perder esa apuesta.

Va a perderla porque, ahora mismo, le estoy advirtiéndole a usted, y usted no me cree. Me jugaría lo que fuese a que usted supone que esto no es más que un cuento de un libro. No cree que éste sea el único ejemplar de ese libro en el que se incluye este cuento, ni que la historia que le estoy narrando es cierta. Y estoy seguro de que seguirá sin creerlo aun cuando le haya narrado con detalle cómo lo he hecho.

Así que voy a ser más listo que Harley y que usted y ganaré la apuesta. Ni a él se le ha ocurrido, ni usted comprende lo fácil que resulta para un impresor que se ha dedicado a falsificar moneda el falsificar un cuento de un libro. Muchísimo más sencillo que hacer un billete de cinco dólares.

Tenía que elegir un libro de cuentos y escogí éste porque observé que la última narración que se incluía en él llevaba el título de No mire hacia atrás, y ése me pareció un buen título para esto. Dentro de unos minutos comprenderá usted a qué me refiero.

Es una suerte que la imprenta en la que trabajo ahora se dedique a hacer libros y que, además, tenga el mismo tipo de letra que se ha empleado en el resto del volumen. Encontrar la misma clase de papel me costó un poco más; pero al fin lo he conseguido. Escribo esto directamente en una linotipia. Lo hago por la noche, en la misma imprenta donde trabajo durante el día. Incluso tengo el permiso del jefe. Le dije que, para darle una sorpresa a un amigo, iba a imprimir un relato suyo y que, tan pronto acabase de hacerla, volvería a fundir el metal de los tipos.

Cuando tenga listo esto, compondré los tipos en páginas del mismo tamaño que las del resto del libro y las imprimiré en el papel que ya tengo preparado. Luego las encuadernaré en este volumen. Usted no notará ninguna diferencia, aun cuando una leve suspicacia le haga mirar. No olvide que he hecho billetes de cinco y diez dólares que usted no hubiera podido distinguir del original. Por tanto, esto, para mí, es un juego de niños. Y he encuadernado lo suficiente como para que me sea posible extraer del libro el último cuento y poner en su lugar lo escrito por mí. Por muy

minuciosamente que lo examine, tampoco advertirá diferencia. Estoy dispuesto a realizar un trabajo perfecto, aunque me lleve toda la noche.

Mañana iré a una librería, o tal vez a un quiosco en el que haya otros ejemplares de este libro, ejemplares ordinarios, y pondré entre ellos éste. Luego me buscaré un buen sitio desde donde observar y, cuando usted lo compre, yo le estaré mirando.

El resto no puedo decírselo, porque depende de un montón de circunstancias, como la de que se vaya usted a casa directamente con el libro o no lo haga. Eso no lo sabré hasta que le siga y vea el momento en que se pone a leer... y advierta que llega a la última narración.

Si mientras lee usted esto se encuentra en casa, tal vez yo también me encuentre en ella. Puede, incluso, que esté en la misma habitación que usted. Quizá le observe desde una ventana. O es posible que me sienta junto a usted en el tranvía o en el tren, si es ahí donde lee lo que he escrito. Tal vez me encuentre en la escalera de incendios de su cuarto de hotel. Pero, lo lea donde lo lea, yo estoy cerca de usted, observándole y esperando a que acabe. De eso no le quepa duda.

Ahora está usted ya muy cerca del fin. Habrá terminado en unos segundos y cerrará el libro, aun sin creermelo. O, si no ha leído los cuentos por orden, tal vez retroceda para comenzar otra narración. Si lo hace, nunca la acabará.

Pero no mire alrededor. Será más feliz si no advierte, si no ve el cuchillo que se le acerca. Cuando mato a alguien por la espalda, no parece que sufra mucho.

Siga adelante unos cuantos segundos o minutos más. Continúe pensando que esto sólo es uno de tantos cuentos. No mire hacia atrás. No crea esto... hasta que note el cuchillo en su interior.